

CHERNOBYL: UN SUCESO SOBRE EL CUAL REFLEXIONAR

El incidente de [Chernóbil](#) situó la conciencia de cada uno frente al problema de la radioactividad y las reacciones han repercutido sobre diversas esferas de la naturaleza humana: en la esfera corpórea, debido a que sus acciones inciden sobre nuestra fisiología y sobre nuestras condiciones de salud y de enfermedad, en la esfera anímica en tanto que, en forma más o menos consciente; emergen los demonios del temor y las oleadas de emotividad, y también en la esfera moral del hombre, ya que se ha colocado frente a ella, el significado que toda investigación nuclear tiene para el hombre, no sólo para el actual, sino también para las futuras generaciones, y para el futuro mismo de la Tierra y de la naturaleza.

¿La conciencia antropológica puede ayudar para afrontar los problemas aparecidos y emergidos a la conciencia en las últimas semanas? Si buscamos una respuesta inmediata a la demanda que surge de la esfera egoísta del hombre preguntándonos solo: ¿cómo puedo protegerme y defender a mis hijos de los peligros procedentes de la radioactividad? Afronto el problema de una forma excesivamente restrictiva. Un aspecto importante resaltado particularmente con el incidente en cuestión es el siguiente: la radioactividad producida ha incidido en gran parte de la humanidad y en un cierto sentido, antes o después, estaremos más o menos todos inmiscuidos en la misma situación de peligro. Estamos ya aquí frente a un "gesto" significativo: por un lado la atomización de la materia, producto de una "atomización" de la conciencia, por el otro la globalidad de los hombres como "humanidad" en peligro y la necesidad de elevar la conciencia a una dimensión de fraternidad que supere los egoísmos particulares, como una tarea abierta para el futuro.

La conciencia antropológica puede ser una ayuda para encuadrar los problemas en una dimensión correspondiente al rol que el hombre moderno debe asumir frente a la naturaleza, frente al otro hombre en el ámbito de la problemática social, y frente a sí mismo en cuanto portador de un espíritu individualizado. Como vemos es posible atajar el problema de la radioactividad desde perspectivas muy diferentes, para cada una de las cuales podemos encontrar en la obra de Rudolf Steiner orientaciones válidas. Se puede así buscar, siguiendo en algunos aspectos la metodología inaugurada por Goethe para el estudio de la naturaleza, y tomar algunos "gestos" característicos y típicos que tratan de caracterizar en su aspecto fenomenológico aquella misma realidad que la antroposofía describe en su naturaleza esencial, gracias al afinamiento de la capacidad perceptiva que aportó Rudolf Steiner a la investigación científico espiritual.

Se puede tratar de examinar algunos aspectos típicos de los fenómenos radioactivos y tomar la dimensión en que van encuadrados, se puede establecer cualquier relación de tipo anímico, si así la queremos llamar, que nos llevará a

considerar el momento histórico, y finalmente cualquier relación respecto al rol de la fuerza individual situada en la problemática, especialmente allí donde la esfera moral y la natural tienen en el yo humano un preciso punto de contacto.

Ante todo haré una observación preliminar: cuando hablamos de radioactividad hablamos de una realidad que no es perceptible a nuestros sentidos como el color, el sabor, el gusto y demás, por lo que, estamos frente a una realidad extra sensible.

Lo mismo puede decirse para otras dos esferas de actividad, la eléctrica y la magnética. Rudolf Steiner explica, por ejemplo, en su curso sobre el calor (Obras Completas, [GA. 321](#)), como frente a la naturaleza el hombre encuentra diversos niveles de realidad perceptibles por los sentidos, y como también hay una esfera que está situada sobre la naturaleza y otra esfera bajo la naturaleza, que están unidas con esta realidad trascendiendo la capacidad perceptiva de nuestros sentidos; así la electricidad, magnetismo y la radioactividad, junto a otros diversos fenómenos ligados a la materia, forman parte de un estrato que podríamos llamar "infra-naturaleza".

Las imágenes que a menudo tenemos de los informes científicos hacen pensar en los electrones, protones, neutrones y demás, como la realidad material; se debería tener siempre presente que no se tratan de realidades sensibles, sino que las extraemos sólo por vía indirecta. La esfera sobre la naturaleza la situamos en la actividad descrita a través de la investigación espiritual como actividad etérea, por ejemplo el éter de calor, el éter de luz, el éter químico y el éter de vida. El calor está a caballo entre la dimensión etérea y la dimensión natural. Los fenómenos radioactivos se manifiestan de diversas formas, como aspecto térmico, como efecto luminoso, como efecto químico, como variación de forma, como acción eléctrica y también magnética, evidenciadas por los instrumentos adecuados.

¿Qué podemos observar en la radioactividad? Un aspecto típico es dado por el hecho de que ni la luz, ni el calor, ni otros factores físico químicos o biológicos logran influir en la radioactividad, los tiempos de degradación forman, para cada elemento radiactivo, un mundo cerrado en sí, extraño a las otras leyes de la esfera natural. Por lo tanto es efectivamente un reino en sí diferente del natural. ¿Cuáles son las características de este reino? En primer lugar se manifiesta como una realidad "radiante". De un centro irradia algo que produce los efectos; no tenemos un "campo" como en el caso del magnetismo, Tenemos una realidad que podemos indicar como atomizada, fragmentada. Un aspecto ulterior es dado por la acción que estas radiaciones tienen sobre los otros materiales: los vuelven temporalmente o en forma muy duradera, radiactivos o fuente de fenómenos radiactivos. Lo que es un principio de "reproducción", una cadena que en ciertos casos se autoalimenta, una especie de principio multiplicativo que conocemos en los seres vivos. Walther Cloos, reelaborando algunas indicaciones dadas por Rudolf Steiner sobre los fenómenos

radiactivos (p. ej. [05.10.1905](#); [02.02.1908](#); [02.01.1920](#); [01.04.1920](#); [02.07.1922](#); [04.07.1924](#)) presenta cómo la radioactividad puede ser vista como un fenómeno a nivel no vivo paralelo a lo que sucede en la planta cuando se forma la semilla. Se trata de un principio muy importante: podemos decir que en el proceso de formación de la Tierra tuvimos una gradual condensación de estados más sutiles a estados cada vez más densos, hasta el estado sólido cristalizado, esta mineralización equivale, a un proceso de muerte. La planta sufre un proceso análogo de muerte cuando pasa de la fase vegetativa a la flor, al fruto y finalmente a la semilla, que es una especie de "ceniza" que puede volver a la tierra. Cuando la semilla germina pierde su estructura; Rudolf Steiner lo expone varias veces como si esto fuese una fase de "caotización" gracias a la cual el arquetipo espiritual de la planta puede conjuntarse al momento material y así dar lugar a la nueva planta. Singularmente este proceso de germinación está acompañado de actividad radiante de naturaleza biológica, por los llamados rayos mitogenéticos o rayos Gurwitsch. Con la radiactividad natural llegamos a superar el umbral de la estructura cristalina (el mineral Uranio a medida que se transforma con la radiactividad pierde su estructura cristalina), y así cuando algo muere, a la vez se reemplaza introduciéndose acciones que proceden de otras dimensiones, que se unen a los procesos vitales.

Con un esquema podemos describir las relaciones existentes entre los estados elementales, la esfera de la actividad etérea y la esfera infranatural:

Rudolf Steiner explica como evolutivamente la electricidad puede ser vista como una degeneración de la luz, el magnetismo una, degeneración del quimismo y como se debe hablar también de una degeneración de la fuerza vital. (Obras Completas. [GA 130, 01.10.1911](#)). Hoy podemos decir en una primera aproximación que los fenómenos radioactivos manifiestan a nivel eléctrico algo de una esfera vital corrupta, Algunos "gestos" típicos se relacionan propiamente con la esfera vital reproductiva y ciertamente no es una casualidad que el hombre moderno, por un lado penetre en los misterios de la materia unidos a la fuerza reproductiva y por el otro entre también en el campo biológico en la esfera de los misterios reproductivos (ingeniería genética y demás), con todos los riesgos que esto comporta.

En el primer curso para los médicos (Obras Completas [GA. 312 11ª Conferencia](#)) Rudolf Steiner presenta singulares relaciones entre las esferas elementales y la esfera etérea que circundan la Tierra vista en su conjunto, con los órganos internos del hombre, y por otro lado con la actividad de determinadas sustancias en la naturaleza. Establece una particular unión entre la esfera del éter vital, unido a la sustancia sólida y la actividad vital de las lombrices, expresión de una dinámica presente en otra forma también en la vida de la ostra, con su concha calcárea. Se trata de conexiones que tienen un profundo lazo evolutivo (Rudolf Steiner habla a propósito de la formación de la tierra por ejemplo en el ciclo "Varias formas de misterios antiguos" 1923, (Obras Completas [GA. 232](#)) y que pueden

reclamar observaciones hechas a propósito del metabolismo del calcio en el terreno en confrontación por ejemplo con el estroncio radiactivo. Una profundización al respecto sería ciertamente fructífera.

Se puede recordar todavía una observación: en el proceso evolutivo la Tierra originaria estaba formada por una sustancia indiferenciada de calor ([R. St. "Ciencia oculta"](#)) que se diferenció, podríamos decir "atomizó", hasta formar la Tierra sólida mineral y paralelamente la actividad vital. Éter vital y calor son en cierto modo dos actividades polares. Deberemos por tanto encontrar una polaridad también entre radiactividad en cuanto expresión de una corrupción de las fuerzas vitales, y actividad del calor, cosa efectivamente verificada si se estudian los "gestos" típicos de estas dos esferas. Hasta en la dinámica de la bomba atómica se puede encontrar esta polaridad: la explosión radiactiva deriva de la máxima concentración, los trabajos de los Curie no fueron otros que una "concentración" de sustancias radiactivas -que en la naturaleza estaban muy, muy diluidas-, el calor tiende a expandir siempre, a desconcentrar, a volverlo todo homogéneo. Singularmente la radiactividad natural se manifiesta en dos ocasiones particulares, por un lado en la formación del plomo, el mineral unido al umbral que divide nuestro mundo evolutivo terrestre con otras dimensiones, y por otro lado el hidrógeno, expresión en el ámbito químico de la fuerza del calor.

Un estudio más detallado de los procesos evolutivos descritos por Rudolf Steiner por ej.: en ["La Crónica de la Akasha"](#), las relaciones entre el organismo humano y el organismo terrestre, abrirían seguramente interesantes perspectivas para la problemática de la materia radiactiva, especialmente si se trata de estudiar, no tanto el mundo de los "fragmentos" de la materia, sino el gran organismo terrestre, por ejemplo, la formación de sustancia radiactiva en los estratos atmosféricos (Carbono por Nitrógeno), la acción protectora, por ejemplo del ozono, la importancia del campo magnético terrestre frente a los rayos cósmicos, la "respiración" del organismo terrestre frente a los fenómenos electromagnéticos que le unen al sol, en relación naturalmente a la vida de las plantas y de los animales. Será quizá entonces posible acercar de forma adecuada la esfera de la actividad vital a los fenómenos radiactivos, hoy tan actuales.

Rudolf Steiner, hablando con E. Pfeiffer, hizo Presente un hecho singular, con el cual pasamos a considerar el aspecto más anímico, si así podemos denominar, incluido en el problema de la radioactividad: ***¡el hombre no estará preparado para manipular de forma constructiva las fuerzas vitales si no realiza un adecuado desarrollo de la sociabilidad!*** He aquí la tarea que se abre delante, si queremos penetrar sin peligro en el reino de las Madres, usando el lenguaje que Goethe usa en su Fausto para indicar el mundo de lo infra natural (R.S. 2/91-1917). La conciencia moderna se ha individualizado, cada yo tiene una conciencia puntiforme, socialmente estamos como atomizados. Debido a este desarrollo de la conciencia, ligado al

pensamiento intelectual, se ha llegado a la física de lo puntiforme, si así podemos llamarla. Si ahora queremos mantener el fruto de este desarrollo debemos llegar a ampliar la conciencia "periférica", una conciencia para "el ambiente", para otro hombre. Sin caer sin embargo en una conciencia colectiva, sino aumentando el sentido de la responsabilidad individual. El mensaje antroposófico aporta en esta dirección una contribución fundamental, en tanto que indica el camino para transformar el pensamiento puntiforme en un pensamiento vivo, (R. St. "Filosofía de la Libertad"), un pensamiento que toma los nexos y los conjunta, un pensamiento imaginativo. Desde una perspectiva social esto significa tomar la propia vida no solamente como fruto de una actividad que parte de mi conciencia puntiforme, sino encontrar las acciones que me vienen al encuentro como parte de mí mismo. Así la experiencia del destino puede ser cogida a la luz de la antroposofía y unida a la transformación indicada de la conciencia. En la medida en que maduremos esta nueva conciencia social podremos también adentrarnos sin peligros en el mundo de la actividad vital, sea a nivel de lo vivo o sea al nivel mineral. La figura de Strader en los dramas misterio de Rudolf Steiner es una típica expresión de esta problemática, se trata de un científico que trabaja en la elaboración de una máquina del futuro, Rudolf Steiner señala que un elemento importante de esta nueva máquina está representada, por la peoblenda, el mineral de uranio. En los dramas misterio esta figura en un cierto momento muere inesperadamente, aparentemente una derrota, en realidad por un aspecto espiritual, posible respuesta a la situación inmadura del grupo de personas unidas por un destino común. El estudio de esta figura puede abrir amplias perspectivas para acercarse al problema de la enfermedad y de la muerte conectadas con los fenómenos radioactivos. Una conciencia ampliada del destino pone una nueva luz sobre la enfermedad y la muerte, un aspecto a no dejar de lado cuando se piensa en las consecuencias sociales de la radioactividad. Por el resto una sana relación entre hombre y hombre debe apoyarse sobre un elemento de "calor", una experiencia a mitad entre la realidad física y la moral, polar al "frío" del juicio intelectual que rompe y fragmenta cada experiencia comunitaria. Encontramos en otras palabras dos "gestos" fundamentales ya vistos a nivel diferente: comunidad en lugar de la atomización, calor como elemento polar de la fragmentación.

Debemos señalar evolutivamente de forma breve este punto: el desarrollo de la tierra y del hombre representan una gradual diferenciación, el hombre ha alcanzado su conciencia individual puntiforme como habíamos dicho. La inercia evolutiva tenderla a una ulterior subdivisión, a una caotización que significaría la ruina, la pérdida de los frutos positivos de este desarrollo. Evolutivamente estamos frente a una curva, es necesaria una fuerza externa a la inercia evolutiva que la conduzca a una convergencia, ya que por naturaleza continuarla divergiendo, y que coloque un primer elemento de calor que pueda conducirnos a una nueva unidad

con la que se iluminará el caos; un primer elemento de forma espiritual que dé un nuevo orden a lo que sólo se fragmentaría. Para la evolución de la Tierra y del Hombre esta nueva calidad fue traída por la acción de Cristo Jesús, como resulta de la investigación espiritual de R. St. (p. ej. "Ciencia Oculta").

Para la naturaleza esto significa que después del evento del Gólgota la Tierra tiene en sí la posibilidad de no caer sólo en los procesos de disgregación y muerte, sino poder llevar a nueva vida los elementos germinales unidos al proceso de muerte. Para el hombre esto significa que el yo individual, en la medida en que se una con la fuerza del Cristo, puede transformar su consciencia de puntiforme a "social", puede revivir los gérmenes unidos a los procesos destructivos presentes en su misma corporalidad.

Llegamos así al encuentro del último aspecto, el espiritual unido a la esfera del yo humano: ¿Cómo actúa este yo humano sobre la corporalidad?, ¿cómo está conectado?

Rudolf Steiner da las respuestas precisas, en las que podemos ver como el yo humano, en cuanto que es portador de los impulsos morales, puede obrar sobre su corporalidad en el sentido de una vida futura, o también en el sentido de una atomización, de una destrucción, y esta acción se extiende también a los reinos de la naturaleza. Si la radioactividad está conectada a un deterioro de la esfera vital (también si consideramos los efectos biológicos de la radioactividad notamos como la sustancia viva, allí donde se da mayor intensidad de renovación de los tejidos, en un cierto sentido, es caotizada) será fundamental tener conciencia de que el hombre tiene la posibilidad de actuar, si se trata de aprender cómo. En la 10ª. Conferencia del ciclo "El puente entre la espiritualidad cósmica y el elemento físico humano del 27/11 al 27/12/1920" conferencia antroposófica (17.12.1920) R. St. habla de los estados elementales y de su relación con las esferas etéreas y examina las relaciones que existen entre estas esferas y la dimensión moral y espiritual del hombre. Expresándolo así: los ideales morales activan el organismo de calor del hombre, suscitando fuente de luz en el organismo aeriforme, fuente de sonido en el organismo líquido y gérmenes de vida (etéreos) en el organismo sólido.

Se trata de un asunto fundamental: gracias a la fuerza del entusiasmo, del calor activo en el hombre que deriva de los ideales morales, el hombre puede introducir gérmenes de vida en su organismo sólido.

En otras palabras: la esfera moral, que está sobre la esfera física y etérea, gracias a la mediación del calor, puede obrar hasta el interior de la corporalidad. Al principio habíamos recordado como la esfera de la radioactividad estaba encerrada en un reino en sí, que está debajo de la naturaleza, y como esta esfera está unida a los procesos vitales por un lado y a la fragmentación de lo sólido por el otro. En este aspecto son lapidarias las palabras de R. St. que encontramos en la última de sus "cartas" {Obras Completas, nº 26 "Máxima Antroposófica"}: "**La**

infranaturaleza solo podrá ser comprendida si el hombre en el conocimiento espiritual, accede a la naturaleza superior extraterrena por lo menos otro tanto, como lo que la técnica ha descendido en la infranaturaleza" (Pág. 224).

Si buscamos la dimensión adecuada para operar en forma constructiva, así como equilibrar los procesos de muerte ligados a la radioactividad, debemos buscarla no tanto en la fuerza de la naturaleza, ni en los fármacos, ni en los alimentos sino en la esfera moral. Si es verdad que la fuerza radioactiva caotiza la sustancia viva, incluso allí donde se oculta el patrimonio hereditario, es también verdad que el hombre, en la medida en que está en el grado de vivir con ideales morales, no debe por necesidad sufrir esta degeneración de la sustancia viva, pues, ya que resulta más dúctil puede configurarla en el sentido de los ideales morales y del destino individual. El aspecto evolutivo ha mostrado como está en la inercia evolutiva el tender hacia un proceso de muerte y de atomización, pero también se ha visto sin embargo, la posibilidad de transformar este proceso en una nueva vida. La radioactividad natural puede ser vista como la contraparte de la vida futura de la Tierra, como la caotización de una semilla que germina. La radioactividad artificial se presenta pues como una enorme anticipación de los procesos naturales, de aquí su naturaleza negativa, de aquí el peligro de manipular el futuro de nuestra Tierra. R. Steiner habla con mucha claridad de esta futura vida de la Tierra, unida a la actividad interior del hombre:

"Como la semilla, tan pequeña e insignificante espacialmente, se forma nuevamente la planta grande, cuando la vieja muriendo se disgrega, así del "grano" Tierra nace un nuevo macrocosmos mientras se disgrega el viejo que ha muerto...Aprendemos a conocer los reinos de la naturaleza sólo si sentimos en ellos este elemento germinante... El pasado que arroja sombra y el futuro que contiene gérmenes de realidad se encuentran en la entidad humana del presente" (Pág. 174-5. "Máxima antroposófica").

El hombre en tanto que es portador de un yo individual, que vive de los ideales morales, puede volverse fuente de nuevas fuerzas vitales y, por su corporalidad y por la Tierra misma, los ideales morales forman parte de la esfera de la experiencia social que supera la dimensión egoística, la dimensión atomística, y realiza algo de la "fraternidad" que, de alguna manera, aquí ha venido al encuentro de nuestra reflexión sobre los problemas de la radioactividad.

Rudolf Steiner indica muy concretamente como poder madurar interiormente para acercarse cada vez más con el ejercicio meditativo a la futura conciencia superior. Si se da una peligrosa anticipación en el ámbito de las fuerzas minerales de futuros procesos de muerte, será cada vez más necesario que al menos algunas almas maduren ya hoy estados de conciencia superiores que sólo mañana serán experiencia de todos y así crear un equilibrio espiritual.

Nuestras reflexiones pueden quizás parecer lejanas por lo concreto de la problemática abierta con la contaminación radiactiva; por la perspectiva puntiforme buscamos soluciones de efecto inmediato, pero sólo perspectivas más amplias pueden abrir soluciones válidas. Puntos que pueden parecer vagos, en la medida en que la conciencia madura, pueden llegar también a ideas muy concretas. Se trata, obviamente, de valorar todo cuanto está ya hecho, y de recoger elementos siempre más concretos. Un solo ejemplo: si la radiactividad supone un fenómeno en el umbral entre la vida y la muerte, entre dimensión espacial y temporal, y si buscamos en la naturaleza de las sustancias unidas al destino de la Tierra como un elemento cristalino, donde estas sustancias se ubican en el umbral entre lo vivo y lo inorgánico, podremos llegar a descubrir la existencia de una sustancia como la turba, o sustancia carbonosa en el límite entre la vida y la muerte...

Rudolf Steiner efectivamente sugirió usar la turba para hacer tejidos, la turba resulta un óptimo filtro frente a la radiactividad y aparte como habíamos ya señalado, otras sustancias son también expresión de una situación de umbral, por ejemplo el plomo, también usado para proteger, y el hidrógeno, en cierto modo polar. ¿Cómo hacer ahora útiles estos elementos para defenderse y protegerse de la radioactividad? ¿Cómo intervenir sobre los campos, sobre la vida de las plantas y animales?

Diréis que una respuesta rápida, sin las efectivas verificaciones empíricas e ideas serán sólo el fruto de una conciencia poco madura; por otro lado con la conciencia impulsada por los Ideales morales se llegará ciertamente también a respuestas concretas, a realizaciones concretas que serán tanto más válidas, cuanto más surjan de una conciencia que haya superado la dimensión egoística y puntiforme.

La misma fuerza que se libera en nosotros para los procesos destructivos unidos a la radiactividad deberemos emplearla para una nueva conciencia imaginativa que fecunde nuestra creatividad, antes que sea fuente de patología si no se elabora a través de la conciencia.

Tomando una imagen bíblica podemos decir: la expulsión del paraíso está unida al haber comido los frutos del árbol de la conciencia, ahora aquí estamos llegando a los misterios del árbol de la vida.

(Dr. Steffano Paderiva
"Chernobyl: un evento su cui riflettere"
Revista Terra Biodinámica)